

nico (2ª Ed., Atenas 1956, Vol. I pág. 432). No le fue dado siquiera vivir sus últimos años en Grecia. A ninguno de estos hechos fueron ajenas sus posiciones en los planos lingüísticos, social y político. Su actitud ante la Revolución Soviética, su adhesión al Movimiento de la Paz, influyeron, sin duda, tanto en Estocolmo como en Atenas. Sólo fuera de Grecia encon-

tró quien patrocinara la labor de su vida, la ODISEA. Sólo lejos de la Hélade halló al amigo que captó, quizás, más profundamente la grandeza de su obra, Albert Schweitzer. (50) **CANTO A MAHOMA** (Kanto sto Mujameti), versos 140,143. A fin de evitar repeticiones inútiles, indicaremos la bibliografía al término del último artículo de esta serie.

APOTEOSIS DE KANDINSKY EN NUEVA YORK

El Museo Guggenheim de Nueva York se convirtió en un palacio dedicado a la exhibición de la obra total de Kandinsky. Por vez primera se ha reunido aquí cuanto creó el gran explorador del nuevo continente artístico: el del "arte sin objetos". El gigantesco Museo fue visitado diariamente por una verdadera multitud, fascinada ante las visiones y caprichos cromáticos de la obra de Kandinsky, que nunca antes había podido contemplarse en todo el despliegue de su opulencia, transformando el edificio entero en una especie de quimérico lugar de la fantasía.

El Museo estaba especialmente capacitado para esta retrospectiva, pues poseía ya 200 obras del pintor. La exposición fue preparada por el Director, Thomas M. Messer, que, durante dos años, gestionó el envío de obras de numerosos museos y coleccionistas. El resultado fue impresionante y la exposición de Nueva York se repetirá en París, Basilea y La Haya.

La exposición de Nueva York, que se inicia con las primeras obras de comienzos de siglo, exponentes de la escuela romántico-realista de Múnich —como Klee y Marc, Kandinsky fue discípulo de Stack— nos permite seguir todas las metamorfosis del "gran descubridor", en el verdadero sentido de la palabra, desde los tiempos del "Jinete Azul" y la primera época de fecunda labor en su patria, hasta su feliz permanencia en la Bauhaus de Weimar (1), (Dessau más tarde), el período de la nueva emigración a París y las últimas fases de su labor, ya que en una sala especial se nos brinda una síntesis de todas sus épocas en el estilo abstracto.

Además de las obras del Museo Guggenheim, se exhibieron numerosos cuadros

(1) N. del Trad.—Por tratarse de aspectos poco difundidos, de los que podemos brindar un testimonio personal y directo, acaso convenga recordar que en esa época "feliz" Kandinsky apenas ganaba para vivir con suprema estrechez, que su agente de Nueva York sólo era un agente de muy buena voluntad y que la presencia del artista en la urbe yanqui hubiera pasado entonces poco menos que inadvertida. En aquella época la Bauhaus misma se sostenía precariamente en Weimar, hubo de ser trasladada a Dessau, y acusada de "Kultur bolschewismus", fue al fin suprimida por el régimen nacionalsocialista. Su fundador, Walter Gropius, es hoy primera figura de la arquitectura norteamericana más moderna y audaz. Tal vez sea también interesante la personalísima confianza que en una ocasión nos hizo Kandinsky: la de que la ciudad de París le seducía, pero no podía soportar la vida artística, el ambiente estético de París. Su primer intento de avencindamiento —muy de su conveniencia en todos sentidos— terminó en verdadera fuga. Salíó literalmente "huyendo" de regreso a Múnich. Del período de su nueva emigración a la urbe francesa carecemos de noticias directas y fidedignas. De los tres grandes rusos emigrados: Kandinsky,

de la colección de su viuda Nina (2) (Neuilly-sur-Seine) y también un gran número de obras de su primera época procedentes de la colección de su discípula y compañera Gabriele Münter. Y sobre todo: se exhiben, por ver primera, siete obras procedentes de las colecciones del Ermitage de Leningrado y del Museo Municipal de la misma ciudad, así como de la Galería Trietiákov de Moscú, que nos retrotraen a la época de iniciación de Kandinsky, hacia el año 1910.

Sólo tras haber asimilado, por lento proceso intuitivo, cuanto nos ofrece la magna exhibición, cuya opulencia en logros magistrales literalmente anonada y abruma, empezamos a comprender, en su sentido más hondo, el principio estético que en su célebre y revolucionario tratado "Sobre lo espiritual en el arte" establece Kandinsky precocemente al decirnos que "el observador debe aprender a comprender la pintura como la representación gráfica de un estado de alma del artista y no como una reproducción de objetos". A lo que añade: "la íntima necesidad es la base de todos los grandes y pequeños problemas para el artista, que debe saber que el punto de partida de los ejercicios de su espíritu reside en el estudio del color y en su efecto sobre el ser humano".

Resumiendo: entre las exposiciones del Museo Guggenheim, esta gran exhibición de la obra total de Kandinsky, no sólo es una de las más bellas, sino que constituye, para toda persona dotada de sensibilidad artística, una entrañable vivencia, como nunca volverá a brindársele en medida comparable a lo que significa la revelación de este genio de los colores y las formas.

Manfred George (Nueva York).

Stravinsky y Lipschitz, ninguno lo fue por motivos políticos. Del último, arraigado en París y nacionalizado francés —también de nuestra amistad— incluso podríamos ilustrar nuestra afirmación anecdóticamente. La discrepancia artística sólo últimamente se ha agudizado (probablemente con carácter pasajero, ya que hay señales de repunte). Responde a criterios perfectamente discutibles y respetables, aunque en alguna ocasión hayan sido, tal vez, expresados en forma brusca y acaso inoportuna.

(2) N. del Trad.—"Horrid woman"... así la llamaba Peggy Guggenheim.

"De la vida de Lenin", de Lidia Fotieva

POR NELSON R. MANOSALVAS

Conocíamos ligeramente a Lidia Fotieva, por los estudios que sobre los fundamentos filosóficos de la Revolución rusa de 1917, hemos realizado.

Desde entonces, nunca dejamos de abrigar la esperanza de hallar alguna vez memorias, apuntes o escritos suyos.

En nuestro poder actualmente, un pequeño volumen intitulado *De la Vida de Lenin*, escrito por Lidia Fotieva, que las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Moscú, han editado

en castellano, en la traducción de Isabel Vicente.

Para nosotros, latinoamericanos en general, es de interés ineludible, por el creciente sentido ecuménico que caracteriza a la época contemporánea, conocer, por lo menos en grandes líneas, el hecho histórico más trascendental que se ha producido en este siglo —la Revolución rusa de 1917—, cuyas proyecciones en todos los órdenes de la vida, por las conquistas alcanzadas en las investigaciones científicas y humanas, constituyen la demostración evidente de su trascendencia y primacía. Encerrarse en sí mismos, hacer los oídos sordos, sería adoptar una actitud miserable y desmedrada, indigna de los seres con atribu-